

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

Alteridad e Identidad: Una relación constitutiva y constituyente en torno a la nación, el futbol y la política.

Herrera, Nicolás.

Cita:

Herrera, Nicolás (2010). *Alteridad e Identidad: Una relación constitutiva y constituyente en torno a la nación, el futbol y la política*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/748>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/DRe>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Alteridad e Identidad: Una relación constitutiva y constituyente en torno a la nación, el futbol y la política.

Herrera Nicolás

herreranicolas@hotmail.com

Lic. en Sociología (UNLP). Maestrando en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES-UNSAM). Investigador IdHICS (UNLP-CONICET)

Propuesta de la ponencia:

El objetivo de esta ponencia será indagar el lugar y el rol que ocupa la alteridad al interior de todo proceso identitario. Para ello, durante la primer parte de la ponencia restituiré brevemente la discusión desarrollada al interior de las ciencias sociales en torno al uso (y abuso) del concepto de identidad, contraponiendo formulaciones esencialistas y constructivistas del término que permitan dar un marco conceptual desde el cual partir.

Entendiendo que esta ponencia se presenta al interior de una mesa sobre Culturas Populares, buscaré ligar aquella discusión conceptual acerca del uso terminológico de identidad con tres ejemplos empíricos surgidos del estudio de la cultura popular argentina: la construcción y puesta en relación de un otro interno-externo en la conformación de la identidad nacional, la identidad futbolística argentina y la identidad peronista-kirchnerista.

Por último, y refiriendo lateralmente a los estudios sobre identidad centrados en la producción de mismidad y su posible regreso hacia posturas esencialistas; cerrare esta ponencia intentando poner el acento sobre los procesos de construcción de alteridades internas de cada grupo social, muchas veces secundarizadas frente al estudio de la producción de alteridades externas necesarias para todo proceso identificadorio.

Identidad: usos, limitaciones y potencias conceptuales

Identidad fue, y sigue siendo, un concepto problemático y en problemas. Propio de la interrogación antropológica y psicoanalítica, ha sido utilizado -no siempre con resultados satisfactorios- por otras ramas disciplinares del saber, de la interrogación social y del ejercicio del poder político. Actualmente la multiplicación del uso de identidad ha llevado a que algunos autores proclamaran la inutilidad del término debido a la vaguedad conceptual que implica referir a la enormidad de objetos de estudios que bajo este concepto se estudian; y propusieran términos supletorios tendientes a mejorar la actividad intelectual (Brubaker, R. y Cooper, F., 2001). Así, distintas disputas disciplinares por la apropiación del término y su correcta utilización, son parte hoy del campo en que uno se adentra al pensar diversas dinámicas sociales bajo el concepto de identidad.

Hasta hace algún tiempo atrás dentro del campo sociológico, identidad pareció referir a aquellos procesos sociales que se encontraban atrapados por una lógica de lo *Semper Ídem* manifestada discursivamente bajo las retóricas de lo idéntico, lo permanente, lo cerrado, lo duradero y lo homogéneo de la realidad social. Estas retóricas de la identidad, atrapaban el discurso sociológico en lo aparentemente sólido, firme, recortado y estable de aquella. Identidad no referiría aquí sino, a aquellas totalidades sociales muchas veces engañosas y *casi siempre tranquilizadoras* (Caggiano, S., 2005) que se asentaban en una concepción de la sociedad entendida como un todo estructurado cuya lógica interna es conocida de antemano; y de la que previamente se conocerían también los colectivos sociales que la integran, los modos que unos marcan sus diferencias con otros, los intereses y propósitos que los reúnen y movilizan, etc.

Algunos autores señalan que bajo el concepto de identidad, lo que las corrientes hegemónicas de la sociología “clásica” señalaron al interior de una sociedad, era todo aquello que poseía las características de pureza, orden, coherencia y homogeneidad (Albertsen, N y Diken B., 2000). Otros autores indican que lo que las ciencias sociales ven en torno a identidad, es aquello que garantiza relaciones sociales estables y asegura continuidad (Augé, M., 1994), haciendo notar que lo que pareciera haber obnubilado a buena parte de la sociología fue lo manejable y duradero de la experiencia humana en sociedad (Latour B., 1993 y 2001). Estas lecturas sociológicas de lo social mediadas por el concepto de identidad, aceptaban las concepciones antropológicas que Narroll, R. (1964) e

Isajiw, W. (1974) extraían de sus propios estudios sobre grupos étnicos; según las cuales un colectivo social posee de manera diferenciada con respecto a otros una raza, una cultura y un lenguaje, en tanto características naturales, estables y homologables entre sí. Estas tres propiedades de los grupos sociales los vuelven sólo pensables en su aislamiento como si fuesen islas independientes que rechazan el contacto con, o se distancian de, otros grupos. Dicha homologación entre sociedad y cultura, llevo a pensar de manera esencialista a los colectivos sociales en tanto unidades homogéneas que si no poseían alguna de aquellas igualaciones antes mencionadas, no podían ser estudiadas en tanto etnias.

A los ojos de algunos investigadores sociales, y de muchos otros que no lo son, la dinámica social de nuestra cotidianeidad no puede referir ya a aquella lógica de lo *Semper Idem* por la simple razón que el movimiento, la inestabilidad y el contacto permanente entre grupos sociales, comenzaron a ser las características básicas sobre las que asentamos nuestra experiencia moderna. Así, preguntarnos hoy por las identidades sociales implicaría asumir la caída de aquellas respuestas preconcebidas acerca de los modos de conformación de los colectivos sociales, asumiendo la heterogeneidad que muestran los procesos contemporáneos de construcción identitaria.

En cuanto siguiera estando referida a aquellas lógicas de lo siempre idéntico a sí mismo asentadas en la retórica de lo sólido, lo firme, lo homogéneo o lo estable; la utilización del concepto de identidad comenzó a resultarle problemática a las ciencias sociales debido a que la interrogación acerca de la constitución de las identidades puso de relieve las dinámicas contingentes de la conformación de grupos y colectivos, enfatizando el carácter abierto de lo social.

Intentando ajustar el concepto de identidad a estas dinámicas sociales caracterizadas por la inestabilidad, la precariedad y la contingencia, es que en la actualidad algunos sociólogos han caracterizado como “duras, estables u homogéneas” a aquellas viejas identidades sociológicas; mientras se adjetiva como “débiles” (Gatti, G., 1999, 2003, 2005, 2007a, 2007b, 2008, 2009), “líquidas” (Bauman, Z., 2002, 2003, 2007) o “híbridas” (Appadurai, A., 2001; García Canclini, N.,1992) a las identificaciones modernas.

Bajo este procedimiento, lo interesante de la interrogación intelectual se encuentra en señalar el carácter esencialista de aquellas identidades que referían a una supuesta dinámica

social con carácter propio, auténtico, puro, inamovible y asentado en un supuesto origen que se mantenía incontaminado por los procesos histórico-sociales. Ante esto señalar el carácter procesual de las dinámicas identitarias en su carácter constructivista, fue una salida intelectual que permitió encarar el estudio de las distintas dimensiones de lo social con un concepto de identidad mucho más ajustado a una realidad claramente desustancializada. Como afirma Caggiano; hoy

“puede señalarse un importante acuerdo entre distintas tradiciones intelectuales (...) en cuanto a la imposibilidad de definir las identidades a partir de una esencia o fundamento, rasgos o elementos fijos e inalterables u objetividades preconcebidas. Desde esta perspectiva, las identidades sociales sólo pueden pensarse en el *juego relacional de las diferencias* y, en consecuencia, se hace necesario aceptar su carácter incompleto, abierto, y por lo tanto, inestable y contingente (...) Esta posición *antiesencialista* permite escapar a rigideces objetivistas, teleológicas e innatismos que muchas veces obturaron la comprensión de lo social”.¹

Es importante señalar que para llegar a este acuerdo al interior de las ciencias sociales fue fundamental el aporte de la antropología contemporánea, ya que desde mediados de la década del '70 autores como Barth, F. (1976), Cardoso de Oliveira (1971, 2001) y Bartolomé, M. (1979) señalaron en sus estudios que la identidad es una categoría social procesual, contextual y relacional entre un “nosotros” y un “ellos” a la que vemos reconstruirse históricamente. Esta lectura se asienta en afirmar que el ser no es desligable del acontecer, por la simple razón de que éste no puede pensarse actualmente como una esencia inalterable al interior del desarrollo histórico.

Entre nosotros, autoras como Claudia Briones (1988, 1998), Liliana Tamagno (1988, 2001), Graciela Beatriz Rodríguez (1988) y otras/os, han venido afiliándose desde distintas perspectivas a este uso del concepto de identidad. Para estas autoras, la identidad se construye relacional e históricamente por factores internos y externos al propio grupo; y debe ser explicada justamente por su carácter relacional no quedando centrada en asimilaciones construidas al interior del mismo. Esto llevo a pensar que la identidad debe ser estudiada en situaciones de contacto intra e intergrupales, donde la pérdida y la incorporación de referentes socio-culturales se vuelve un rasgo constituyente de la relación social identitaria de cada grupo. Es en aquel contacto entre colectivos sociales (y al interior

¹ Caggiano, S., (2005:35). Cursivas del autor.

de los mismos) donde la construcción identitaria del grupo se vuelve un límite que se construye a partir de diferencias y no solo de semejanzas; es decir, el límite identitario entre “miembros” y “extraños” se define siempre de modo relacional tanto por homologaciones como por distinciones existentes al interior y al exterior del colectivo que se estudie.

Como vemos, desde esta lectura derribar la utilización del concepto identidad por inútil, desajustado a los procesos sociales actuales, y poco certero por abarcar objetos de estudios demasiados diversos en sí mismos, no fue la salida propuesta. Hace algunos años, Stuart Hall nos prevenía de llevar a cabo una crítica excesiva del término y derribar su utilización bajo la égida antiesencialista, a la vez que reclamaba una utilización consiente del concepto: “La identidad -nos dirá- es un concepto que funciona bajo borradura (...); una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones claves no pueden pensarse en absoluto” (Hall, S. 2003: 14). Y sugirió mantener vivo el concepto de identidad, pero para pensarlo ya no como cierre del ser, sino como uno más de los activos que intervienen en el hacer de los agentes en las luchas por representar y habitar la vida social.

Destacando el carácter procesual, relacional, antiesencialista y constructivista de los procesos de identificaciones sociales, Cardoso de Oliveira (2001) plantea que el marco estratégico para el estudio de las identidades se da en aquellos contextos donde se producen crisis y transformaciones sociales, es decir, en aquellos momentos en que los cambios sociales producen situaciones de extrema ambivalencia identitaria. Es allí mismo, donde Bauman señala que la pregunta por la identidad surge intentando dar respuesta a las inestabilidades del presente a partir de un proyecto futuro:

“Pensamos en la identidad cuando no estamos seguros del lugar al que pertenecemos; es decir, cuando no estamos seguros de cómo situarnos en la evidente variedad de estilos y pautas de comportamiento y hacer que la gente que nos rodea acepte esa situación como correcta y apropiada, a fin de que ambas partes sepan cómo actuar en presencia de otra. ‘Identidad’ es un nombre dado a la búsqueda de salida de esa incertidumbre”.²

Son estos momentos, donde los procesos de identificación ponen al descubierto su carácter dialogal con la alteridad de manera más descubierta, mostrándose como el resultado

² Bauman, Z. (2003:42).

siempre incompleto de un proceso de reconocimiento “que un actor social hace de sí mismo como *idéntico* (similar, semejante) a otro y, consecuentemente, provee cohesión (que no implica necesariamente conciliación) a un grupo social al que le confiere sentido, y le brinda una estructura significativa que le permite asumirse como unidad” (Caggiano, S. 2005: 38). Así, el proceso de identificación, supone la existencia de algún tipo de sentimiento de colectividad, cierta forma de asunción de la pertenencia a un grupo.

“La identidad social implica entonces la pertenencia de ciertos actores sociales a un colectivo que los comprende, así como la participación de tales actores sociales en el sostenimiento y redefinición de parámetros de agregación de tal grupo, a partir de los cuales se definirá un *nosotros* de un *ellos*”.³

Estas palabras dan cuenta incluso, que los procesos de identificación social conllevan necesariamente un componente de conflictividad, porque *el otro* de la relación no es pura exterioridad sino un exterior constitutivo con el que las disputas identitarias se dan al interior de lo que Grimson llama *campo de interlocución*⁴:

“Las categorías identitarias son herramientas de presentación de personas y grupos en sociedad. El conjunto amplio de categorías que una sociedad crea a lo largo de su historia podemos denominarlo caja de herramientas identitarias. La relevancia y la legitimidad de identificaciones de tipo étnico, partidarias, clasistas, de género u otras deben considerarse en el marco de un *campo específico de interlocución*.

Un *campo de interlocución* es un espacio social y simbólico en el cual un conjunto de actores interactúan y, por lo tanto, reconocen en ‘los otros’ -incluso considerándolos

³ Caggiano, S., (2005:35). Cursivas del autor.

⁴ El concepto de campo de interlocución venía siendo utilizado anteriormente por otros autores, entre ellos Rita Laura Segato, quien hablando de los espacios nacionales preconfigurados en los que se insertan ciertos colectivos sociales, decía en un texto titulado “*Formaciones de Alteridad: Nación y cambios religiosos en el Contexto de la Globalización*”, y que aquí citamos en la compilación de 2007 que lo incluye: “De hecho, los trazos de lo que viene de afuera para instalarse como un elemento más en la sociedad nacional son elaborados y transformados en significantes dentro de un marco preciso, en el contexto de un *campo de interlocuciones* cuyas convenciones ya están definidas de antemano y, por lo tanto, en buena medida, ya configurado. Regiones, grupos étnicos, comunidades religiosas, colectividades de inmigrantes, etc. participan del juego de las interacciones de acuerdo a una estructura producida históricamente a lo largo de la formación de la Nación. Cada una de esas partes de la Nación adquiere sentido dentro de una historia particular, y son construcciones de esa historia, en tanto elementos internalizados y localizados por esa historia. Pero, también, en la misma medida, resultan de interacciones históricas entre naciones. Segato R. L. (2007: 179), cursivas mías.

sus adversarios o enemigos- un *interlocutor necesario*. Sólo aquellos actores que adoptan una identificación aceptada en un *campo de interlocución* pueden intervenir en él.”⁵

Entonces, recapitulemos: La identidad que ya no puede ser pensada en tanto esencia, se vuelve pensable en tanto práctica y construcción relacional e histórica con la alteridad. La historicidad de dichos procesos identitarios deben ser leídos al interior del campo de interlocución en el que se lleven a cabo teniendo en cuenta las disputas hegemónicas que en él se juegan.

Al interior de dicho campo de interlocución, la construcción identitaria solo podrá ser estudiada en la medida que se logre poner en evidencia el constructo relacional con aquella alteridad desde la cual la identidad se referencia. Sin ella, sin un otro, todo proceso identificatorio que se pretenda indagar, indudablemente carecerá del núcleo relacional que lo funda.

El lugar del otro en la identidad nacional, el peronismo y el fútbol. Tres líneas de interrogación sobre la cultura popular argentina.

Hace algunos meses atrás, viéndose interpelado en tanto kirchnerista durante una nota publicada en el diario *Página 12*, el humorista Diego Capusotto decía:

“el kirchnerismo es una construcción interesante cuando lo que se coloca enfrente, como oposición con proyección de poder me resulta una construcción desechable, no algo interesante a discutir. No salgo con una bandera, pero soy kirchnerista con respecto a Elisa Carrió o a Mariano Grondona.

De alguna manera, el peronismo ha interpelado a enemigos ideológicos que uno tiene. Son como los ‘anti Maradona’. Uno empieza a ver quiénes son y se hace maradoniano, porque el antimaradoniano suele ser un ser execrable cuya finalidad es atacar a Maradona nada más que por ser un personaje que llena un poquitito su nada”.⁶

⁵ Grimson 2003: 147. *Cursivas mías.*

⁶ Diario *Página 12*, domingo 18 de julio del 2010, suplemento espectáculos, pág. 33.

El kirchnerismo, en tanto homologación partidaria con el peronismo, aparece en las palabras de Capusotto como construcción (no ya como esencia) y funciona centralmente por quién es su interpelador, su otro constituyente. En las palabras de Capusotto el kirchnerismo funciona en tanto construcción identitaria por el lugar y rol (execrable) que posee el enemigo que construye de manera enfrentada (Elisa Carrio, Mariano Grondona). En este sentido, no hay nada más maradoniano que el kirchnerismo, ya que ambos muestran poder construir un otro enfrentado que les permite referenciarse en tanto tales. Asimismo, el afuera (ese espacio execrable en donde los antimaradonianos se mezclan con antikirchneristas) solo construye su finalidad a partir de un ataque a su enemigo en tanto función que llena un poquito su nada. En las de Capusotto es la función de ataque hacia un otro construido en tanto enemigo lo que le permite al antikirchnerismo y antimaradonismo, ser y llenar un poquito su nada. Y ante esa relación, él -que no se identificaría como kirchnerista- se vuelve tal.

En otras palabras, Capusotto quien tal vez no se identificaría con el kirchnerismo, y si lo ha hecho reiteradas veces con el peronismo, pasa de la construcción identitaria con el peronismo hacia la suya propia con el kirchnerismo en función de ese otro que construye en tanto enemigo execrable. Lo mismo vale para su identificación maradoniana.

El mismo día (18 de julio del 2010) pero en el diario *Tiempo Argentino*, el Dr. en antropología José Antonio Garriga Zucal comentaba lo siguiente en relación a la construcción de la identidad futbolística argentina, denominada por él “La Nuestra”:

“El proceso de creación del futbol criollo se erigió en la construcción de un estilo propio y distintivo. La forma criolla de jugar debía diferenciarse del futbol de los ingleses (...) Las particularidades de ese estilo se forjaron en la diferencia. Estilos ideales contrapuestos.

El futbol inglés era ordenado, predecible por su estructuración, modelo del centro al área que conectado con otra pieza del engranaje mecánico mande la pelota al fondo del arco. “La Nuestra” nace en la distinción a ese estilo. Pases cortos, creación y espontaneidad, imaginación gambeteadora con destino de red. Así ideamos un estilo distinto.

Sin embargo, la distinción tenía una arista más. Los ingleses practicaban (...) el deporte como una señal de su caballeridad, marca del desinterés aristocrático, que posibilitaba mostrar pertenencias sociales al resaltar los valores del “fair play”.

Los criollos que tomaron la pelota lo hicieron con otros motivos, poco les importaba parecer nobles caballeros respetuosos de las reglas, sino que les gustaba mostrar su hombría en el triunfo. El éxito es aquí la piedra fundamental de la distinción. Podemos empezar a hablar de fútbol argentino cuando los primeros éxitos nos nutren de galardones (...) Los campeones morales, los subcampeonatos heroicos, pronto se olvidan; por el contrario, los trofeos en las vitrinas marcan el éxito de nuestro estilo. Por ello “la nuestra” es nuestra, solo si ganamos”.⁷

Estilo y éxito, son modos construir una práctica identificatoria solo si existen en tanto distinción con otro estilo y formas de entender las pertenencias sociales. Estética del juego y formas obtención de logros, pueden erigirse en nuestra identidad futbolística nacional solo si encuentran otras formas de pertenecía social con la cuales distinguirse. Solo hay fútbol argentino en tanto existen el fútbol inglés y un otro fútbol local de vitrinas vacías.

Al interior del discurso estatal argentino en torno a la construcción de la identidad nacional, el constructo homogeneizador del crisol de razas funciona como tamiz segregador que dejó pasar hacia el constructo identitario nacional solo a aquellos inmigrantes provenientes de Europa.

El proyecto de homogeneizar una población incómodamente heterogénea para la práctica soberana del Estado Nación, tenía tras de sí aquel proyecto liberal de la generación de 1845 sustentado en la dicotomía civilización y barbarie. Mientras la pampa y sus habitantes encarnaban la barbarie, la civilidad lo hacía a través del inmigrante europeo. Así, mientras la construcción de alteridades locales (el indio, el gaucho y el inmigrante latinoamericano) funcionó en tanto constructos portadores de aquella barbarie, las alteridades europeas (aquellos inmigrantes postulados por la generación del 45 que no serían con los que se encontraron los intelectuales de la generación del 80) funcionaron como constructos depositarios de la civilidad.

“Los argentinos descendemos de los barcos” reza la creencia popular de aquellos que mayoritariamente pasaron por las *instituciones públicas de clonaje* (escuela, salud,

⁷ Diario Tiempo Argentino, 18 de julio del 2010, suplemento deportivo, pág. 3.

ejercito). Creencia que se asienta en aquel constructo del crisol de razas (europeas) sustentado en el par civilización-barbarie que “olvida” que también poseemos ascendencia indígena, africana, latinoamericana, etc.

Esta construcción estatal en torno a la identidad nacional, solo fue posible en la medida en que pudo construir alteridades desde las cuales referenciarse: una alteridad barabrizada en el indio, el gaucha y todo lo latinoamericano que no debía formar parte del “nosotros”; y otra alteridad civilizada en el inmigrante europeo que debería llegar a ser quien nos constituiría colectivamente.

Conclusiones parciales:

El intento de esta ponencia era de proporciones limitadas: poner el acento en el lugar y el rol que ocupa en todo proceso identitario la construcción de alteridades. Habiéndonos alejado de los modelos esencialistas en pos de lecturas constructivistas, históricas y relacionales sobre los procesos identificatorios, entiendo que existe una oculta vuelta al esencialismo si se olvida el lugar de la alteridad en dichos procesos.

Pensar la práctica identitaria poniendo el acento en todo aquello que los miembros de un colectivo compartan entre sí, y no teniendo en cuenta las formas de distinción internas y externas con alteridades existentes dentro y fuera del colectivo, corre el riesgo de caer en el esencialismo más dogmático. No es simplemente la mismidad aquello que conforma el proceso identitario; no son simplemente los elementos compartidos por el colectivo lo que construye identificaciones. La distinción cumple un rol fundamental, y esta no existe si no se construyen, y relaciona con, diversas alteridades desde las cuales referenciarse.

Ahora bien, la indagación sociológica de aquellos procesos identitarios estudiados desde una matriz relacional y constructivista no puede centrarse ingenuamente sobre la construcción de alteridades externas al colectivo social estudiado. No alcanza con centrar la investigación sobre la producción de identificaciones peronistas a partir de la construcción y su puesta en relación con alteridades externas.

El enemigo externo y execrable en la lectura de Diego Capusotto no debe hacernos olvidar la producción de alteridades al interior mismo del peronismo. Es más, no creo que este humorista se encuentre más identificado con Duhalde, Sola, Menem, etc que con Carrio o Mariano Grondona.

Aun más claro es el panorama en torno a la construcción de una identidad futbolística nacional explicitada por Garriga: pese a la distinción con respecto al *estilo* inglés, la falta de *éxito* marca la distinción con aquella alteridad interna que no se reconocerá en tanto constitutiva de la identidad futbolística nacional. Un otro externo (el estilo inglés) funciona tan potentemente como un otro interno (el carente de éxito).

Del mismo modo, la construcción estatal de una identidad nacional necesitó tanto de la previa delimitación de alteridades interiores bajo el signo de la barbarie (el indio, el gaucho, el inmigrante latinoamericano), como de la formación de alteridades exteriores bajo el signo de la civilización (el inmigrante europeo). Así, aquellas alteridades interiores estarían imposibilitadas de formar parte del constructo identitario nacional, mientras que aquellas otras alteridades exteriores deberían formar parte de la esencia constitutiva del ser-nacional.

En fin, esta ponencia que forma parte de un trabajo en proceso, buscaba reiterar la potencia que creo debe tener la alteridad (al interior y exterior del colectivo que se estudie) en las investigaciones de aquellos que alejándonos de lecturas esencialistas, creemos necesario indagar los procesos de construcción de identificaciones desde una lectura procesual, historia y relacional.

Bibliografía:

- ALBERTSEN, N. y DIKEN, B.: -(2000) “¿What is the social?”, Department of Sociology, Lancaster University, <http://www.comp.lanc.ac.uk/sociology/papers/Albertsen-Diken-What-Is-The-Social.pdf>.
- APPADURAI, A.: -(2001) La modernidad desbordada, Buenos Aires, FCE.
- AUGÉ, M.: -(1994) Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad, Barcelona, Gedisa.
- BARTH, F. (Editor): -(1976). Los grupos étnicos y sus fronteras, México, Fondo de Cultura Económica.
- BARTOLOMÉ, M.: (1979) “Conciencia étnica y autogestión indígena”, en Indianidad y Descolonización. Documentos de la Segunda Reunión de Barbados, México, Nueva Imagen.
- BAUMAN, Z.: -(2002) Modernidad Líquida, FCE, Buenos Aires.
- (2003) “De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad”, en S. Hall y P. du Gay (Comps.), Cuestiones de Identidad Cultural. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- (2007) Identidad, Buenos Aires, Losada.
- BRIONES, C.: -(1988) “Puertas abiertas, puertas cerradas. Algunas reflexiones sobre la Identidad Mapuche y la Identidad Nacional”, en Cuadernos de Antropología N° 2, Identidad e identidad étnica, Universidad Nacional de Luján.
- (1998) “(Meta) Cultura del Estado-Nación y Estado de la (Meta) Cultura”, en Serie Antropología N° 244, Departamento de Antropología, Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Brasilia.
- BRUBAKER, R. y COOPER, F.: -(2001) “Mas allá de ‘identidad’”, en Apuntes de Investigación del CECYP, vol.7, pp. 30-67, Buenos Aires.
- CAGGIANO, S.: -(2005) Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios, Buenos Aires, Prometeo Libros.

CARDOSO DE OLIVEIRA, R.: -(1971) "*Identidad étnica, identificación y manipulación*", en América Indígena, vol. XXX, N° 4.

-(2001) "*Los (des)caminos de la identidad*", en Apuntes de Investigación del CECYP, vol. 7, pp. 9-29, Buenos Aires.

GARCIA CANCLINI, N.: -(1992) Culturas híbridas, Buenos Aires, Sudamericana.

GATTI, G.: -(1999) "*Habitando (astutamente) en las ruinas del Aleph, la nación, los cronopios y las modalidades débiles de la identidad colectiva*", en Política y Sociedad, N° 30, pp 39-52, Madrid.

-(2003) "*Neo-vascos, jardines botánicos y representación sociológica. De la identidad como un espectáculo habitable*", en INGURUAK, N° 37, pp 177-189, Revista vasca de sociología y ciencia política, Asociación Vasca de Sociología, Bilbao.

-(2005) "*La teoría sociológica visita el vacío social (o de las tensas relaciones entre sociología y un objeto que le rehúye)*", en Antonio Ariño (ed.), Las encrucijadas de la diversidad cultural, CIS, Madrid.

-(2007a) Identidades débiles. Una propuesta teórica aplicada al estudio de la identidad en el País Vasco, CIS, Madrid.

-(2007b) "*Algunas anécdotas y un par de ideas para escapar de las ficciones modernas acerca de la identidad colectiva*", en Bercero, N° 153, pp 13-26, Logroño.

-(2008) "*Identidades (de la) basura*", en Elixabete Imaz (ed.), La materialidad de la identidad, Hariadna, San Sebastián.

-(2009) "*La materialidad del lado oscuro (apuntes para una sociología de la basura)*", en Gabriel Gatti, Iñaki Martínez, Benjamín Tejerina (eds.), Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Leioa

GRIMSON, A.: -(2003) “*La vida política de la etnicidad migrante: hipótesis en transformación*”, en Estudios Migratorios Latinoamericanos, CEMLA, N° 50, pp 143-158.

HALL, S.: -(2003) “*Introducción: ¿Quién necesita identidad?*” en Hall, S. y P. du Gay (Comps.), Cuestiones de Identidad Cultural, Amorrortu editores, Buenos Aires.

HERRERA, N.: - (2010) “El rol del inmigrante en el proceso de construcción de la identidad nacional argentina. Una lectura sobre la relación entre alteridad e identidad”. (Tesina de grado en sociología, UNLP)

ISAJIW, W.: -(1974) “Definitions of ethnicity”. En, Ethnicity N° 1, 111-124.

LATOURETTE, B.: -(1993) Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología asimétrica, Barcelona, Debate.

-(2001) La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia, Buenos Aires, Gedisa.

NAROLL, R.: -(1964) “*On Ethnic Unit Classification*”, en Current Anthropology Vol. 5 n°4.

RODRIGUEZ, G. B.: -(1988) “*Identidad y Autoconciencia en una situación de contacto interétnico*”, en Cuadernos de Antropología n° 2, Identidad e identidad étnica, Universidad Nacional de Lujan, 1988.

TAMAGNO, L.: -(1988) “*La construcción social de la identidad étnica*”, en Cuadernos de Antropología N° 2, Identidad e identidad étnica, Universidad Nacional de Lujan, 1988.

-(2001) Nam Qom hueta´a na doqshi lma´. Los tobas en la casa del hombre blanco. Identidad, memoria y utopía. Ediciones Al Margen, La Plata.

-Diario Página 12, domingo 18 de julio del 2010.

-Diario Tiempo Argentino, 18 de julio del 2010.